

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 6 reales.
 Por tres id. 16
 Por seis id. 32
 Por un año. 60

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion. . . 24 reales
 Por comisionado. 26

ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

ADVERTENCIA.

Me acerco al despacho del Sr. Mantilla, director de Correos, y le digo:

Mire Vd., son infinitas las reclamaciones que tengo de provincias.

Los empleados del ramo no se andan por las ramas, y suelen quedarse con muchos números de GIL BLAS, cometiendo un delito que el Código castiga severamente.

¿Podrá Vd. poner remedio?

Yo creo que con unas cuantas cesantías que Vd. aplicase á domicilio, se tentarian los demás la ropa antes de cometer estos excesos.

Si el mal no se corrige, prometo dar un escándalo á lo Tarazona, como se dice hoy dia.

LA SEÑORA DE GIL BLAS,
Á LA SEÑORA DE CAPON.

Muy señora mia:

He visto el nombre de Vd. entre los últimos que firman la exposicion dirigida á la reina pidiéndole que no reconozca el reino italiano. Como quiera que para dar este paso no hayan contado Vds. conmigo, monárquica y católica que soy hasta las cachas, han de permitirme decir cuatro palabras sobre el asunto, si quiera para hacer rabiarse á mi marido, que me decia ayer, hablando de la tal exposicion:

—Nada hay mas incomprensible que las mujeres; en sacándolas de pescar hombres, ya no saben lo que se pescan.

¿Qué idea les ha dado á Vds. para publicar ese documento? Yo me la esplico hasta cierto punto en Vd., que por lo visto debe ser muy desgraciada, y á la cual habrán hecho creer sin duda que Italia podria ser la patria adoptiva de su marido. Me la esplico tambien en dos ó tres de sus compañeras á quienes trato, y cuyo lema ha sido siempre el tan conocido de —á Roma por todo;—pero en cuanto á las demás, ¿cómo esplicarse el odio que manifiestan á la tierra en que nació Rafael, doncellas que hubieran podido servirle de modelo para sus vírgenes; matronas que acaso no habian sospechado hasta hoy la existencia de ese hermoso pais

*Che l' Apenino parte
 é il mar circonda é l'Alpi?*

Aquí para entre nosotras, señora de Capon; si un dia se presentase en una de nuestras reuniones un hombre que, sin mas ni mas protestara de la exage-

rada cola del vestido de fulanita, de la hechura del sombrero de esta, del excesivo escote de la otra, ¿qué título daríamos al entrometido? ¿qué opinion formaríamos de él?

Quizá me dirá Vd. que los adelantos del siglo abren á cada paso nuevos horizontes para la mujer; que el sexo que ha producido mártires, puede producir predicadores; pero Vd. sabe demasiado que la política, en cuyo fuego se queman tantas alas de águila, no se ha hecho para que vuelen en ella las mariposas.

Si Vd., señora de Capon, tiene hijos, cosa que no parece probable, edúquelos en buen hora en el santo amor de Dios y de la Iglesia, aunque no tanto que lleguen á penetrarse por completo de la historia de Roma; procure despues que imiten á su padre, si este es bueno y honrado, cualesquiera que sean sus opiniones, y sobre todo, que no carezcan nunca de ropa blanca, aunque para ello tenga que sacrificar algun sermón, que por mucho que le deleite á Vd. no le deleitará mas que la satisfaccion de haber cumplido con sus deberes, haciéndola acreedora al cariño y á la veneracion de su familia.

Y sino, aquí me tiene Vd. á mí que he pasado por todo eso, y que hoy vivo tranquila y mas alegre que unas pascuas; descendiente de una dinastía de beatas en línea recta, cuando me enamoré de GIL BLAS,—que siempre ha sido lo que es ahora, y que, sobre todo en cosas de mogigatocracia no puede ser peor,—olvidé todos mis hábitos antiguos, dejé poco á poco de ser fanática, y sin embargo, mi fé no se ha entibiado, y adoro mas que antes á ese buen Dios que ha dado á mi marido tanta gracia y tantas suscripciones, y á mí tanta salud y tanto valor para no asustarme cuando entra en casa la policía, ó me paso las noches haciendo cartuchos por si los necesitan los chicos. Créame Vd., señora; esta tranquilidad de conciencia es lo que no se paga con nada.

¿Saben Vds. qué género de exposiciones son las que deberian firmar, y que yo les redactaria con sumo gusto? Muchas encaminadas á fomentar la instruccion y el amor al trabajo en las ciudades y las aldeas; algunas que tendieran á mejorar la condicion de las pobres obreras, y á apartarlas de esa senda que el vicio les adorna con flores, como el césped oculta á veces los pantanos; y si querian prestar un verdadero servicio á la religion, interpretando fielmente nuestra mision de consuelo y de paz, una contra la pena de muerte, cuyas consecuencias ninguna madre está segura de no llorar, por mas prudencia y mas amor que haya derramado en el corazon de sus hijos.

Por lo demás, ¿qué nos importan á nosotras el equilibrio europeo, y las combinaciones de la diplomacia? En último resultado, más nos perjudica un cambio de modas que un cambio de gobierno, y el reconocimiento de Italia, aun considerado como principio, no nos ha de privar de los que ponemos en la mesa.

Tal es, señora, mi opinion sobre este asunto, opinion que doy sin habérmela pedido, por la misma ra-

zon que Vds. han dado su manifiesto, y solo añadiré para concluir, que por mi parte, si hubiera creido alguna vez que de ese modo servia los intereses de la religion, en lugar de casarme me hubiera puesto de ama de cura.

Suya afma. S. S.

BLASA GIL.

Por copia:

M. del Palacio.

RECOGIENDO FIRMAS.

En el púlpito.

—Hermanitos, esto se va poniendo muy malo: la cosa está en punto de caramelo.

La perversion del hombre llega á tal extremo, que hasta se escandaliza el buen Cosme, antiguo capitán realista, hoy obispo y mañana cabeza del primer batallón cazadores de Navarra.

Se piensa en reconocer á Italia. ¡Iniquidad! ¡aberracion! ¡condenacion! ¡infierno! ¿Sabeis lo que es el reino de Italia, amados oyentes míos? Pues es un reino aéreo con la figura de un calcetín.

En el nombre del padre Claret os aseguro que, fuera de nosotros, no hay nada bueno ¡qué digo bueno! ni siquiera regular. Roma es el modelo de las naciones felices. El pueblo está tan contento con el gobierno de los cardenales, que no hacen falta soldados para mantener el orden, y los franceses están allí por puro lujo. Un cardenal es ministro de la guerra. ¡Digo! ¿estará allí bien arreglado el cotarro? Ya veo el dolor pintado en vuestros semblantes. Mis palabras os conmueven. Desde aquí observo que el tío Leznas el sordo está llorando, y mi vecino el herrador pone los ojos en blanco.

Ahí en la sacristía hallareis la protesta que los buenos católicos dirigen á la reina. Al que la firme, la bendicion del Papa; al que no la firme, la excomunion.

Ahora recemos un padre nuestro y una Ave María, y digamos con Jesucristo:

—Mi reino no es de este mundo. Amen.

En el confesonario.

—Padre, yo soy una pecadora.

—Hija, todos los años me viene Vd. con la misma cancion.

—Vd. es muy bueno, padre, Vd. me absuelve siempre.

—Hoy la impongo á Vd. una penitencia dura, cruel, horrible...

—¡Me asusta Vd., padre!

—No sé como decírselo. Tiene Vd. que firmar una protesta contra el reconocimiento de Italia.

—¡Ah! eso es demasiado para una pobre mujer.

—Ya sé que la penitencia es gorda; pero, hija mia, sus pecados no son tampoco flojos.

—¿Con que una protesta? ¡Esponerme á que me silben en el pueblo!

—Mas padeció Jesucristo por nosotros.

—Y diga Vd., padre, haciendo dos protestas ¿podria yo volver á pecar?

—Hija mia, eso ya es meter la pata.

En la calle de Gitanos.

—¡Tilin ¡Tilin!
 —¿Quién es?
 —Deo gracias. ¿Está la señora Rafaela?
 —Adelante.
 —Señora, yo soy redactor de un periódico neo, voy recogiendo firmas de todas las buenas cristianas para la protesta contra lo de Italia.
 —Miste, yo no entiendo de ezo; zi osté no se esplica mejó...
 —¿Es Vd. andaluza?
 —Zi zeñó, miste, de Málaga, y esta que está á mi lao de Ziviya, aqueya de Cáix, estas dos alicantinas, y la rubia que guipa osté azomá detrás de la cortina es de Birbado.
 —Me alegro mucho. Pues han de saber Vds. que las señoras de Madrid empiezan á protestar.
 —¡Ay! ¿qué é jezo?
 —Que los obispos están muy afligiditos, y las señoras que echen aquí una firma recibirán una bendición del Papa.
 —Puez zi no ez ma que ezo, ya estoy jechando er garabato.—Pero ahora recuerdo, estas chicas no zaben firmar.
 —Yo firmaré por ellas.
 —Pus á ello. Ea, niñas, ya zabeis que las zeñoras de Madrid arcazaremos una bendición der Papa.
 ¡A firmar, y despues á ganarze la via!

En un palacio episcopal.

—Vengo á que firmemos la escritura de arriendo del huerto que está á espaldas de las monjitas.
 —Con una condicion.
 —¿Cuál?
 —Que tú y todos cuantos estén á tus órdenes habeis de firmar la protesta en contra del reconocimiento de Italia.
 —Corriente; pero advierto á usía ilustrísima que los que están á mis órdenes son un par de bueyes, la jaca pia y el chico de la tia Maruja, que se salvó de la quinta por bruto; de modo que ninguno sabe firmar.
 —Firma tú por ellos, y vuelve mas tarde.
 —Pues hasta luego. Conque, que se cuide usía ilustrísima, que está muy *delgadita*.

En la redaccion de un diario neo.

—¡Una protesta con 20 firmas! ¡Otra con 100!
 —Aquí llegan mas.
 —Ya suben á 1000, á 10.000, á 20.000 las firmas.
 —Todo el mundo protesta; ricos, pobres, mujeres, ancianos, niños... ¡todo el mundo!
 (*Suena un fuerte golpe á la puerta.*)
 —¿Quién llama tan fuerte? Pase quien sea.
 (*Se presenta un jóven pálido, vestido á la moderna y con gorro frigio.*)
 —¿Se puede saber lo que á Vd. se le ofrece?
 —Yo vengo porque Vds. me han llamado. Acaban Vds. de decir que las protestas están firmadas por todo el mundo... acaban de asegurar que por esta causa y por el número á que ascienden las firmas, van Vds. á probar á España la razon que les asiste.
 —Es verdad.
 —Pues esto se llama valerse de mí, y despues negar que se me conoce. Esto es querer combatir la revolucion con las armas de la revolucion.
 —Pero ¿quién es Vd.?
 —Yo soy el *Sufragio universal*. ¡Venga mi parte!

Luis Rivera.

LAS CONCIENCIAS.

Está cada conciencia de español á oscuras como las calles en los buenos tiempos, y mas alborotada que Chamberí en domingo. ¡Dicen de los dramas de Bou-chardy! Aquello es tortas y pan pintado. Lo que ahora pasa en nuestro interior es horrible; porque cada mitad de hombre se pelea noche y dia con la otra mitad, con un frenesí que, ¡ya me río yo del músico que quiera ponerlo en solfa!
 Parece que uno de los mandamientos de la ley de Dios dice: «no reconocerás el reino de Italia.»
 Pero viene un ministerio maniqueo y borra el mandamiento: reclaman los obispos, y el ministerio les manda á paseo, quiero decir: al consejo de Estado.
 Los hechos, dijo cierto escritor, son brutales: el reino de Italia es un hecho: luego es brutal.
 Siento que el citado autor no definiese tambien á los obispos.
 Es un hecho que el obispo tiene dominio sobre las conciencias; luego... debo desviarme de la senda dialéctica, donde por estravío iba penetrando.
 Vuelvo, pues, á que las conciencias están agitadas y revueltas, de manera que los obispos no saben qué hacerse de la Constitución que juraron.
 Hágame Vd. el favor de ser por un momento obispo y súbdito español. ¡Aquí te quiero ver, escopeta! No se entienda por esta espresion que yo llamo á la fuerza armada contra los obispos: soy incapaz de ello: he querido encarecer con un dicho pintoresco la dificultad, la imposibilidad de que coexistan en un hombre aquellas dos condiciones.

El presupuesto constitucional no vuelve en sí al ver la tolerancia con que es acogido en los palacios episcopales, y cada fin de mes acude á frecuentarlos con el recelo de que le den con la áulica puerta en los hocicos. Sucédele siempre lo contrario de lo que se teme, de manera que ni vuelve nunca en sí, ni vuelve á las arcas del Tesoro.

Ahora figúrese el mas lego cómo han de estar las conciencias.

Hay en todas un run-run, un hervor, un relampagueo continuo, tanto que parece papel del que no se usa para bulas.

¡Ay! Todo hombre de sano corazon al pensar en que de reconocerse á Italia habrá triunfado el maniqueismo, experimenta una angustia tan indefinible... como el constitucionalismo episcopal.

Y eso de maniqueismo debe ser atroz. Creo que solo ignoran lo que es unos diez y siete millones de españoles: pero la prueba de que el maniqueismo es horrible la tenemos patente.

De esa palabra se valen aquellos que en el campo carlista se valían del trabuco naranjero: no se necesita saber mas para hacerse cargo de lo que será el maniqueismo con lo que ha adelantado la fabricacion de armas de fuego desde hace veinte años.

Con esto solo puede uno formarse idea de cómo estarán las conciencias.

¡Dios mio! pensar que el ministerio es dueño de mandarnos á todos al infierno...

Porque no hay mas: una vez reconocido el reino de Italia, nos condenamos toditos, ¿pero cómo? corriendo, corriendo, y que no hay aquello de decir: «Mayor, pare Vd.» que al infierno se va en ferro-carril sin freno, y el viaje se hace en tren directo: psssst, ya está.

Y ¿qué tendríamos en cambio?
 ¿De qué nos serviría tener embajador y cónsules en ese supuesto reino de Italia?

Ustedes creen que el papa consentiria...
 En fin, que están las conciencias que da pena de ver.

Los obispos se escandalizan de los discursos pronunciados por los ministros; los ministros se escandalizan de las protestas de los obispos; el presupuesto se escandaliza de los sitios que se le obliga á frecuentar; los contribuyentes se escandalizan de que no escandalizara el gastar dinero en un embajador para Francisco de Borbon; Víctor Manuel se escandaliza de las condiciones con que se le propone el reconocimiento; el sacro colegio se escandaliza de que tal proposicion se le haga...

Le digo á Vd. que están las conciencias, que... vamos...

Sí, vamos á dormir.

Roberto Robert.

LA CONJURACION DE VENECIA.

I.

Interior de una sacristia.

—¿Ha venido el padre Zampabollos?
 —Presente.
 —Hola, padre Zampabollos, acérquese de puntillas.
 —Heme aquí, gran señor.
 —¿Falta algun hermano?
 —Dos. Don Cándido Nocedal, y Aparisi y Guijarro.
 —¿Oyen Vds.?
 —Son ellos.
 (*Los aludidos entran con las manos en la cabeza.*)
 Coro de sacristanes.—¡Hossanna! ¡Hossanna!
 Nocedal y Aparisi.—¡Ole! A la paz de Dios, caballeros.
 (*Cojen una silla y se sientan en el suelo.*)

II.

Diversas opiniones.

Cosme.—En el nombre del padre y del hijo...
 Todos los presentes.—¡Adelante, hombre, adelante!
 Cosme.—La paz del Señor...
 Todos.—¡Al grano, Don Cosme, al grano!
 El P. Claret.—¿Se me alude? (*Señalando un grano que tiene en la nariz.*)
 Cosme.—Es, pues, el caso, señores, que aquí no se puede vivir, y que este país es una olla de grillos. ¡Malditos sean los grillos! ¡Maldito sea el país!
 Aparisi.—¡Ah, qué país! ¡Ah, qué grillos!
 Cosme.—¿Quereis saber á lo que habeis sido llamados? Pues bien, se trata de armar la gorda. ¿Conoceis vosotros la gorda? ¡Maldita sea la gorda!
 Aparisi.—¡Ah qué gorda! ¡Ah qué gorda!
 Nocedal.—¡Conforme! ¡Estoy conforme!
 Cosme.—Ahora bien; ¿quid faciendum? Cualquiera de nosotros es capaz de echarse á la calle. Yo mismo, á pesar del calor que hace, me echo á la calle todos los dias dos ó tres veces. ¿Os gusta ese sistema? ¿Hace ó no hace?
 Aparisi.—Ante todo, conviene preparar la opinion. Yo creo que debemos repartir entre los fieles nuestros discursos.
 El P. Claret.—Mejor fuera venderlos.
 Nocedal.—¡Pues qué! ¿Son peras?
 Cosme.—Yo opino porque se vendan, y con el producto de la venta haremos...

Aparisi.—¡Una paella!
 El P. Claret.—¿Pa ella? ¡Pa nosotros!
 Cosme.—Orden, ó le salto un diente al que se mueva.

Un sacristan á otro.—(¿Qué tal, eh? Si no hay oratoria como la sagrada!)

Cosme.—Vosotros, los que predicais, procurareis predisponer el ánimo de los católicos en pro de nuestra causa; vosotros, los que escribís, procurareis hacerlo con palabras que tumben á un tambor mayor, y sobre todo, con buena ortografía. Yo iré á Venecia. ¡Maldito sea todo el mundo!

Todos.—¡Amen!

Cosme.—¡Y ahora, á vivir, tropa! ¡Cada mochuelo á su olivo!

III.

Llueven discursos.

El padre Zampabollos.—Hijos míos: Ya sabeis que Jesús estuvo cuarenta dias en el desierto... y á propósito, ¿leéis vosotros los periódicos liberales? Pues malditos estais de Dios y del obispo de Tarazona.

Hoy me toca esplicaros la entrada triunfal de Jesús en Jerusalem; pero antes permitidme un pequeño desahogo, y si no me lo permitís, yo me lo tomaré. ¡Que cierren las puertas!

¡Oyentes amados, aquí va á haber algo gordo, y vosotros teneis la culpa! ¡Sí, vosotros, impíos, herejes, que conoceis de vista á los redactores de *La Iberia*! Pero, ¡ay! que vuestro castigo no está lejano; ya lo veo de venir, ya lo veo! Mirad cómo la justicia divina se pronuncia entra vosotros en este supremo instante!

(*Llueven papeles sobre los feligreses.*)

¿Veis esos papeles que caen del cielo? Pues son discursos de dos grandes católicos; sí, discursos que traen el *visto bueno* de la Providencia! Señor, Señor, tened piedad de estas inocentes ovejas, que ellas prometen enmendarse!

Voz de un monaguillo, en una claraboya.—¡Padre, que se me han acabao los papelicós!

IV.

Los niños tersos.

(*Cosme á las puertas de un palacio.*)
 —¿Se puede ver á sus altezas?
 Un criado.—¡Entrate, signore, entrate!
 Cosme.—Diga Vd. á los señoritos que hay aquí un aragonés, y además, cura.
 Un criado.—Está bene, signore. ¡Entrate ancora!
 Cosme.—(*Saluda á los niños como quien bebe agua con la mano.*)
 Un niño al otro.—(¡Pare un cane!)
 El otro á Cosme.—¡Cosa volete, mio caro!
 Cosme.—(*Guiñando un ojo.*) Aquello está perdido. Se os espera. Sois los elegidos. He dicho.
 Los niños.—¡Oh dolce piacere! ¡Noi siamo felici!
 E forsa dirli á le tuoi amici q' io sonno presto á donargli un altro camelo.
 Cosme.—No hay mas que hablar. Salú. (La hemos armado.)

V.

Presupuesto de guerra.

Se comprarán treinta y dos mil cañas de pescar con el producto de la letanía lauretana.
 Idem veintisiete mil escopetas de viento con el dinero de San Pedro.
 Idem, idem, otras tantas boinas con la suscricion del Papa.
 Idem, idem, idem, una tartana con lo que sobró de San Carlos de la Rápita.
 Y despues... se armará un *belen* que no ha de haber quien pueda con nosotros. ¡Viva la religion! ¡Alza, morena!

Eusebio Blasco.

POLVOS Y LODOS.

El Sr. Nocedal.—Si el gobierno reconoce el reino de Italia, yo no obedeceré á la reina.

Un obispo.—Si V. M. reconoce el reino de Italia, nos achicharramos *per in eternum*.

Otro idem.—Olvide V. M. la Constitucion, en cuya virtud reina y no gobierna, y prescindiendo del pacto solemne, diga: «yo lo mando,» como su papá.

Otros idem.—Me adhiero, me engarabito, me agarro, me fundo, me confundo y me identifico.
 Estos son los polvos.

El novio á la novia:

Estimadísima... ita.

En vista de que el gobierno reconoce el reino de Italia, es evidente que se hace imposible nuestro proyectado enlace. No quiero condenarme recibiendo una bendición nupcial enviada, sabe Dios de dónde.

Tuyo hasta ahora,

Un salvado.



LOS NEOS, Á LA VOZ DE OTRO NEO DE TARAZONA, SE PREPARAN PARA LA BATALLA.

- ¡Presenten, arm! Noto mucha torpeza en los movimientos.
- Es que nos estorba la panza.
- Con el ejercicio se irá desgastando. Volvamos á empezar. ¡Al hombro, arm!

El deudor al acreedor:

«Muy señor mio:
Siendo Vd. empleado no eclesiástico de un gobierno que rompe los estrechos lazos que nos unian con el gefe visible del catolicismo, no puedo tener mas tratos con Vd.

Mi placer mas jubiloso sería pagar á Vd. el piquito de marras; pero Vd. está ya condenado, y yo perderia el alma mia y el alma del negocio, que es el dinero, si le procurare la inefable dicha de cobrar. Hágase Vd. cuenta de que esa cantidad se la dirán de misas.

Hasta nunca.
Del Papa y no suyo ni pagano,

Neo Andana.»

El marido.—¡No quiero que ese perillan vuelva á poner los pies en mi casa!

La mujer.—¡Pues bien, no reconoceré á Italia, no la reconoceré nunca!

El marido.—¿Y á mí qué?

La mujer.—¿Qué? ¡Viva Nocedal! ¿Tú la reconoces? Pues no te obedezco.

El padre.—A ver, niño, anda á estudiar, que son las ocho.

El hijo.—Vamos con tiento. ¿Tú reconoces á Italia?

El padre.—¿Y qué le importa al arrapiezo?

El hijo.—¿Cómo arrapiezo? ¡Soy católico!

El padre.—Es Vd. un malcriado, y se va á llevar la mas católica cachetina de que haya memoria.

El hijo.—¡Señor Nocedal! ¡Me vapulean por la fé!

¡Señor Aparisi! ¡Me azotan por ortodoxo!
(*El chico tira el Fleury por el balcon.*) ¡Viva Jesús! ¡Muera el infierno! ¡Acabo mártir... que me pongan un parche y me levanten un altar!

—Señor médico, venga Vd. á curar á mi abuelo.

—¿Ha reconocido Vd. el reino de Italia?

—Digo que mi pobre abuelo...

—Ya sé.

—Se está muriendo.

—¿Ha reconocido Vd. el reino de Italia?

—Hombre, yo no me meto en eso.

—¿Se metería Vd. si le llamaran?

—Si se viene Vd. á curar al enfermo, haré lo que me mande.

—¿Lo juras?

—Vamos por Dios, lo juro.

—Vamos pues.

El abuelo ha muerto sacramentado y sin médico. Estos son los lodos.

Roberto Robert.

CABOS SUELTOS.

En vista de que *La Iberia* ha sido denunciada por describir la última caricatura de GIL BLAS, protesto. Sí señor, protesto de la propiedad literaria.

Y añado:—*No te metas en dibu-*

Hace algunas noches, los aficionados á la navegacion observaron que en las barcas de los Campos Elíseos habia agua.

Despues se ha averiguado que el general O'Donnell dió un paseo y se lavó las manos.

Consecuencia inmediata. El agua estaba roja.

La somnábula de los Campos Elíseos es la *clave*.

Anteayer le pregunté yo: ¿qué hace el P. Claret?

Y respondió: Está cenando.

Despues le dije: ¿que tiene Paquita?

Y dijo que no sabia nada; pero la verdad es que se llevó la mano á la cabeza. (¡!!)

Hé oido decir que los *neo-católicos* pagan á cinco reales cada firma de protestante.

¿Cinco reales? Eso cuesta un biftek con patatas.

¡Cinco reales! Solo así se comprende lo que oí anoche á dos mujeres en la calle de Sevilla.

Decia una:—¡Qué cara te vendes!

Y respondió la otra.—Yo no lo gasto menos.

Receta infalible contra los perros rabiosos.

Se coje un número de *La Regeneracion* y se les pone por delante. Es probado.

O sino, se les dice: aguarde Vd. un poquito, no me muerda Vd. todavia, que tengo que ir á firmar la protesta neo-católica!

Y dice en seguida el perro: Vd. perdone; ¡ignoraba que fuese Vd. de los nuestros!

Me han asegurado que hay en Madrid diez mil personas dispuestas á firmar las protestas neas.

Francamente: no creia yo que habia en Madrid diez mil personas neas que supieran firmar.

—¿Firma Vd. las protestas monacales?

¡Venga Vd. á ganarse cinco reales!

—¡Señor, Vd. me quiere volver loco!

Yo no doy un ladrido por tan poco.

—¡Pero es que de gastar estamos hartos!

¿Quiere Vd. cinco reales y dos cuartos?

—¿Me los va Vd. á dar?

—¡Sí, de seguro!

—¡Vamos, hombre, siquiera medio duro!

—¡Tómelo Vd. y firme, condenado!

—¡Vaya todo por Dios! Está firmado.

Mucha gente se va este verano á las provincias Vascongadas.

¿Volverán todos?

Mientras los dichosos se bañan en el mar, mi amigo Obregon cantará en su pueblo:

No asomes en la playa la pantorrilla,

que hay muchos tiburones junto á la orilla.

Y es una broma que anden siempre acechando la carne gorda.

Los redactores de *El Pensamiento Español* han debido recibir una bendicion del papa.

La ha traído de Roma un carlista muy rico, no sabemos si por el tren de mercancias.

Hé aquí cómo pasó la primera entrevista con los redactores de *El Pensamiento*:

—Déme Vd. esos brazos, mi querido amigo. ¿Qué hay de Roma?

—*Tutti contenti*. El Papa me ha dado para Vds. una bendicion.

—Pues venga.

—El caso es que la metí en la maleta, y se me ha estraviado por el camino.

—Lo peor es si la encuentra un liberal y la usa.

—Esperen Vds., voy á escribir á Roma, diciendo que envíen una duplicada.

¡Que me traigan una bendicion!

¡Ay, señor amigo de *El Pensamiento*! ¿quién no trae una docenita para un remedio?

Carta del doctor Freato en *La Correspondencia*:

ya puede venir el cólera, no me coje de sorpresa.

En una correspondencia de la Granja que publica nuestro apreciable colega *La Iberia*, se dice que las monjas de los conventos fundados por Sor Patrocinio son jóvenes y guapas y que viajan de unos á otros como su superiora,—libremente.

Esto no tiene nada de extraño.

Aunque son jóvenes y bonitas pueden ir seguras si las acompaña un piquete de caballería.

Hemos recibido la *Guia diplomática de España* para 1865.

Nos confirmamos en que Italia es un reino *áereo*. Hé aquí lo que dice esta *Guia*:

«*Dos Sicilias*.
Francisco II, rey, desde el 22 de mayo 1859.

El comendador Pedro Ulloa, presidente del consejo.»

Esto se parece mucho á otra *Guia* publicada en las *Dos Sicilias* durante muchos años, en la que se leía:

«*España*.
Carlos V, rey.

El infante D. Sebastian, generalísimo de los ejércitos nacionales.»

Todo esto es celestial... *áereo*... ¡Y perfectamente tonto!

En la misma *Guia* nos encontramos con que Francisco V es duque soberano de Módena y el conde Fro- ni gefe de la casa ducal.

Eso quisieran ellos. Tambien Robertito I es duque soberano de Parma. ¿Sí? Pues que haga el favor de darse una vueltecita por su país, y verá lo que le pasa.

Empieza á descubrirse que la mayor parte de las protestas que inserta *La Regeneracion* son falsas, estas, *áreas*, como el reino de Italia, segun la opinion de Cosme.

Entre las protestas *áreas* figura en primer término la de Valencia, firmada por Llorente, Querol y otros conocidos escritores, que se han visto desagradablemente sorprendidos al ver sus nombres en *La Regeneracion*.

¡Hacerles pasar por neos! Confesemos que la prensa no respeta ni lo mas sagrado.

El reconocimiento de Italia es un hecho,—decian los ministeriales.

Pero continúan protestando contra el reino *áereo* todos los *beneficiados* de España.

No se ha nombrado embajador.

Y sigue el fandango.

Y baila el P. Claret.

Y la Sor hace pinitos.

Y el cólera se ha presentado ya en Ancona.

Con el cólera... la revolucion.

Catalina está en Pamplona,

Nocedal en Rascafria,

mucho neo en Alegria,

el cólera en Tarazona,

y en Babia la amante mia.

Un periódico dice que en la embajada de Portugal se han oido estas noches ruidos subterráneos.

No son flojos los que se oyen tambien en la embajada de Italia.

¡Ojo!

Quien *esperanzas* en agosto siembre, recogerá *estacazos* en setiembre.

Me gusta la protesta de D. José, obispo de Lugo.

Al reino de Italia le llama *cosa*.

Desde que han sabido esto los monagos, siempre que quieren nombrar algo malo, le llaman la *cosita*.

Yo me acuerdo de la habanera que se cantaba en los Campos Elíseos:

¡Don José! ¡Don José!

¡qué malo que es Vd.!

Mas adelante define D. José la *cosa* diciendo que es el caudal de un bandido formado de las cantidades robadas á los viajeros.

—¡Caracoles! Pues la cosa tiene pelos, D. José.

Sutilezas de D. José:

El Papa es nuestro padre.

El Papa ha sido despojado.

¿Podemos los hijos reconocer el despojo de unos bienes que en alguna manera nos pertenecen?

No, José, no: ¡yo pido mi parte! ¡Que me dé Víctor Manuel mi parte!

Donde está D. José muy *sandunguerito* es en el apóstrofe que lanza á los periodistas liberales.

Nos llama hombres sin conciencia, traidores á la patria y vendidos vergonzosamente á la revolucion.

¡Ay, don José! ¡don José!

¡qué malo que es Vd!

Don José, nosotros no hemos dicho, como *La Regeneracion*, lo de la *cartilla* y la *donna mobile*.

Traidor y hombre sin vergüenza me ha llamado Don José:

—¡que deje de ser obispo y me lo diga otra vez.

Ayer hablaba *La Soberania* de los viajes de la monja, y se detuvo en el sexto.

Yo creo tambien que del sexto no pasará.

GILBLASIANA.

Me han dicho que te vas, amada mia!

¿cómo? ¿dónde? ¿por qué? no lo adivino;

yo eterna te creia y alfombraba de flores tu camino.

¿Qué haré ya de esas flores si no las acaricia tu mirada?

Vivir entre dolores, y anhelar te acompañen tus *amores* para verte cual nunca acompañada.

Por todo lo no firmado,
EUSEBIO BLASCO.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.
MADRID.—1865.